

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 706

Alicante 14 de Junio de 1884

Año XV.

EL ÓDIO AL ERROR.

(De *Le Messager du Cœur de Jesús.*)

Entre todos los síntomas alarmantes que nos ofrece en la presente edad la sociedad cristiana, no hay otro más grave que la indiferencia con que es mirado el error, aun por los servidores de la verdad misma. — Si la fé es para las almas el más esencial de todos los elementos de vida, ciertamente la más infalible señal de muerte es la falta de horror hácia el veneno que tiende á destruir la fé: este veneno es el error. — El odio al error y el amor á la verdad no son tanto dos sentimientos diversos como dos formas de un solo y único sentimiento. Inseparables uno de otro, preséntanse con igual grado de relativa intensidad, crecen y disminuyen por igual proporcion. Se debilita en las almas el amor á la verdad, cuanto se debilita en ellas el odio á

la mentira. Y como el vigor de la voluntad y del carácter tiene por base y apoyo la energía de las convicciones, es imposible que disminuya en la sociedad el odio al error sin que resulte luego enflaquecida la vida moral, sin que pierdan las almas su fuerza, sin que se enerven las voluntades y se rebajen los caracteres, sin que los cálculos viles del egoismo reemplacen á las nobles inspiraciones y á los generosos sentimientos. — ¿No es este por ventura el miserable estado á que ha reducido el liberalismo á la sociedad cristiana? Y cuando esta seductora heregía no tuviese más funestos resultados, ¿no bastaría éste para que la juzgásemos harto merecedora de todos los anatemas de la Iglesia?

Tan universal es el contagio, y tales estragos ha causado en las almas, que se ha llegado á no advertir su propia gravedad, y ¿quién sabe si esforzándonos nosotros en se-

ñalar sus peligros, vamos á pasar por exagerados aún á los ojos de alguno de nuestros piadosos lectores? Léjos de parecer un mal la indiferencia con respecto al error, es considerada por muchos como una bella cualidad ó virtud, como indicio de su corazón magnánimo y de un temple moderado, como feliz resultado de cierto suavizamiento de costumbres y del progreso de la civilización. La tolerancia civil que ha venido á reputarse como base de todas las constituciones modernas, ha introducido, por inevitable consecuencia, la tolerancia dogmática en las relaciones individuales. Obligados á mantener de continuo tratos de cortesía con hombres opuestos á nuestras creencias, nos acostumbramos insensiblemente á extender hasta sus errores la benevolencia con que tratamos á sus personas, á considerar estos sus errores como opiniones que tienen derechos parecidos, si no iguales, á los de nuestra fé, y que por lo menos merecen siempre consideración y respeto aún cuando no les debamos en modo alguno prestar nuestra adhesión.

Un cristiano que está en tal disposición de espíritu no es más que un cristiano á medias: pues aunque reconoce y profesa la fé de Jesucristo, dista mucho de reconocer los derechos exclusivos que le competen como á Dios *único* y único Rey de las almas y de los pueblos. En vez de

ser el Evangelio, como realmente es, la verdad absoluta, no es más para tal cristiano que una opinión, la mejor sin duda entre las que se disputan el imperio de las inteligencias: de esta suerte, aún prestándole toda su adhesión y reconocimiento, créese obligado el tal cristiano, á medias á tener en cuenta *los derechos* de las opiniones contrarias. Dará, pues, entrada, en su casa á libros, diarios, revistas y publicaciones de cualquier clase, en que es atacada su fé: en tales lecturas formará principalmente su criterio, por la sencilla razón de que «para juzgar con imparcialidad es necesario conocerlo todo.» Juzgando conocer perfectamente la doctrina cristiana, nada encontrará de nuevo en los escritos consagrados á su exposición y defensa; los libros y periódicos buenos causanle el hastío y displicencia que causaba el maná á los israelitas en el desierto: *Anima nostra nauseat super cibo hoc levissimo* (Numer. XXI. 5). Que se anuncie, empero, un libro en que la incredulidad aparece sazonada con nueva salsa, el cristiano de que estamos hablando será uno de los primeros en buscar allí su pasto; y si al llevar su mano al fruto prohibido siente algún remordimiento, se tranquilizará fácilmente diciendo que su fé es harto fuerte é ilustrada para desvanecer las sutilezas del sofisma y contrastar su seducción.

¿Es este un retrato de puro ca-

pricho? Apelamos á cuantos tengan de la sociedad contemporánea mediano conocimiento: díganos si el cristiano, cuyos rasgos principales acabamos de perfilar, forma en ella una rara excepcion. No hablamos, reparadlo bien, de los infelices que han renunciado enteramente á su fé; nos referimos á muchos que siguen todavía siendo miembros de la familia de Jesucristo; á éstos nos dirigimos y en éstos nos esforzamos en reavivar los elementos de la fé *verdaderamente* cristiana. ¿No es verdad que son en gran número, en grandísimo número, entre los que se llaman y juzgan cristianos, los infelices á quienes la ilusion deplorable que combatimos ha enflaquecido el más esencial elemento de la vida cristiana, y en cuyas almas la fé y el amor á la verdad no amparados y defendidos por el odio al error, que es su indispensable baluarte y antemural, pierden cada día su robustez?

Basta abrir el Evangelio para comprender cuán opuesta sea al verdadero espíritu de Cristo esta indiferencia con respecto á los errores que alteran la pureza de su doctrina. El divino Salvador, siempre compasivo con todas las miserias é indulgente con todos los extravíos del corazón, muéstrase severísimo siempre en orden á las rebeldias contra la fé. «Si alguno, dice, no escucha á la Iglesia, sea para vosotros como

«gentil y publicano.» (*Matth.* xviii, 17). «Id, dice á sus Apóstoles, enseñad á todas las naciones, enseñadlas á guardar todo lo que os he encargado: quien creyere, y fuere bautizado, será salvo; quien rehusare creer se condenará.» (*Marc.* xvi, 16). No amenaza, pues, con eterna condenacion solamente á los que no practiquen su doctrina. Más tarde nos dirá cuán indispensable sea también este segundo orden de deberes. (*Matth.* xix, 17; *Luc.* xviii, 20; *Joan.*, c. xiv, 15). Aquí, empero, quiso hacernos comprender que la primera y más esencial obligacion del ser racional en orden á la suprema verdad es la adhesion de su inteligencia; y que el negarse á rendir este negándolo á uno solo de los dogmas revelados es *un crimen* que basta para apartar del camino de la salvacion, aun á los que por otra parte traigan ajustada su conducta á todos los preceptos de la honradez natural.

Así entendieron los Apóstoles el pensamiento del Salvador. El odio á la herejia fué el sentimiento que más profundamente procuraron grabar en el corazón de sus discípulos. Los Apóstoles se mostraron rigurosos en inculcar á sus discípulos horror todavía más vivo á la herejia que á los mismos groseros embustes de la idolatria. «No os diré ciertamente que eviteis todo trato con los idólatras, escribia san Pablo á los corin-

tios, pues para eso debiérais salir de este mundo.» (*I Cor. v, 9*). Así, empero, lo prescribió para con los herejes. A su discípulo Tito le ordena no tener trato alguno con ellos, como no sea para dirigirles una primera ó segunda advertencia. Después de esto, mándale cortar con ellos toda relación. (*Tít III, 10*).

San Juan, el apóstol de la caridad, es aún más intransigente, si cabe, en este odio al error. Léjos de creer incompatible este odio con el amor de que era á todas horas pregonero infatigable, consideraba como inseparables estos dos deberes. La verdadera caridad, dice, consiste en conformar nuestra conducta á los mandamientos del divino Maestro. Ahora bien. El mandamiento principal que nos dió fué el de que permaneciésemos fieles á sus enseñanzas. Numerosos impostores andan por el mundo rehusando confesar la encarnación del Hijo de Dios. Los tales son seductores y anticristos. Si alguno de ellos se os presenta, *no le recibais en vuestra casa, ni aún le saludeis*, pues quien le saluda entra por lo mismo en comunicación con sus obras malvadas.» (*II Joan. IX, 2*).

Y el más ilustre de los discípulos de san Juan, san Policarpo, Obispo de Esmirna, tuvo ocasión en Roma de poner en práctica tales enseñanzas de su maestro. Encontróse con el hereje Marcion, y tuvo éste la insolencia

de dirigirse al firme católico, diciéndole: «¿Me conoces?—Si, respondió el gran Policarpo, te conozco por el primogénito de Satanás.»

Continuaremos en otro número la traducción del presente artículo que en las presentes circunstancias es digno de ser leído y releído y meditado bien por todos nuestros lectores. Lo que sigue precisa todavía más la cuestión, tal como nos la presenta hoy el liberalismo.

F. S. y S.

A ORIHUELA... EN 1884.

Un pobre ciego consolarte
quiere: su alma te vé.

¡Y las de ayer tan primorosas galas!
¿Quién ha robado á tu jardín sus flores?
Ni bate alegre el pájaro sus alas;
No más escucho lúgubres rumores.
Todo amedrenta aquí; tú misma exhalas
Ayes de un gran dolor pregonadores...
¡Y lloras!... vírgen de los ojos bellos,
¿Quién ha querido lágrimas en ellos?

Ven hoy los míos pálida tu frente,
Y desprendida ven tu cabellera,
Tu boca sin coral... ayer riente
Linda galana flor en primavera.
¿Ha enflaquecido el ánimo valiente
O ha sonado tal vez tu hora postrera?
Aún hay cielo, aún hay Dios; ten esperanza:
Toma tu cruz y en tu camino avanza.

Una vez y otra vez con dardo agudo
En el pecho te hirió la desventura:
¡Con tantos, vírgen, el destino es rudo,

Llenádoles el alma de amargura!
A tí te auxilia protector escudo,
Para no sucumbir en la tortura.
Grande es tu cruz; acéptala; sé fuerte;
Avanza en pós de tu voluble suerte.

¿Voluble?.. no: providencial. Lo ordena
Todo á sus altos fines el Eterno
Desde su trono en la region serena
De la paz sin dolor, pese al infierno.
Toda obra suya, como suya, es buena,
Y nunca es Él injusto en su gobierno.
Él no hizo el mal; y advierta el que medite,
Si acaso es mal sin bien lo que permite.

No es mi intento á profundas reflexiones
Tu espíritu llevar cuando así lloras,
Sumida en un abismo de aflicciones,
Amargo don de las adversas horas:
Procúrete mi amor consolaciones,
Suscitando en tu mente halagadoras,
Más que lo son las esperanzas mias,
Ideas de futuras alegrías.

Sílfide amable de los bellos ojos!
Lloras al ver tu renombrada vega
Hoy turbio mar que míseros despojos
A imponderable perdicion entrega.
Repitiendo sus ímpetus y arrojos,
Tus campiñas en flor cubre y anega,
Desbordado el Segura, y de exterminio,
(Duro padre y señor) es su dominio.

¡Qué horas de afan! ¡recuerdos infelices!
Tus mieses y tus flores y follaje,
Vario todo en dibujo y en matices;
Ofreciendo en praderas y boscaje
Alfombras y techumbres y tapices
Que no sé describir, todo al ultraje
Del inmenso, invasor, loco torrente,
Perdido fué... ¡terrible hado inclemente!

La rosa de carmin, la espiga de oro,
Y toda planta y árbol con su fruto;
Exhibicion bellísima y tesoro,
De tu suelo feráz pingüe tributo,

Ya nada es hoy... ¿motejaré tu lloro?
La mustia adelfa y el opaco luto
Con que apareces, díganos callando,
Que sufres en tus cuitas meditando.

¿Por qué, siniestro, con horribles huellas
Marca el dolor tu faz, oh deliciosa!
¿Por qué á exhalar tristísimas querellas
Oblígate crüel? ¿Qué misteriosa
La suerte tuya, pues gentil descuellas
Entre sílfides tú majestuosa,
Y una vez y otra vez con dardo agudo
Rásgate el pecho tu destino rudo!

Solo Dios puede revelarme arcanos;
Mas yo no debo interrogar: humilla
Tu frente y alza el corazon y manos
Al cielo, y ruega con tu fe sencilla.
Resígnate á sus juicios soberanos...
Incólume á buen puerto la barquilla
Frágil irá; si el huracan la ofende,
Dios con su augusto brazo la defiende.

Tú no puedes pensar que en desamparo
Quiera dejarte, si te vé tan triste:
Siempre de su piedad objeto caro
En cien y cien adversidades fuiste.
De sus favores tu destino avaro,
Gracias, riqueza y majestad perdiste
En otros días de que fiel memoria
Guarda en su libro la oriolana historia.

Para no sucumbir en la tortura,
Préstate auxilio singular escudo,
El manto, inmenso á fe, de la más pura
Virgen, si madre, á quien cual tú yo acudo,
Ríndele honor y ofrendas de ternura
Allá en el templo que á su imágen pudo
De tus mayores levantar celosa
La filial gratitud, siempre obsequiosa.

Escucha, escucha, mi profana lira
Lo que te pueda consolar ta ofrece:
Escucha el nombre que valor te inspira,
Que de gozo al oírlo te extremece:
Aun tiempo llora y de placer suspira,

Porque á ese dulce nombre reaparece
En tu cielo risueña la esperanza...
Toma tu cruz... ¡á *Montserrat!*... avanza

Ante el místico altar de tu Patrona
De hinojos reza; tu oracion de amores
Muy grata le ha de ser, y tu corona,
De espinas hoy, por otra que dolores
No traiga cambiará; la fé te abona;
Acaso dichas síganse á terrores
Y encantos más aun... tu amor confie;
Nada del astro suyo le desvíe.

¿Quién ha cambiado, exclamarán las gentes,
Quién, tu dolor en plácida alegría?
«La Madre», diles tú, «de los creyentes;
Nardo y zafir de Nazareth, *MARIA*...
Proclamada en Orcelis por fervientes
Votos concordés en plausible día,
Con el feliz epíteto de gloria
Que hoy lleva el templo alzado á su memoria.»

Juan Vila y Blanco.

NUEVOS DATOS SOBRE LA INUNDACION

DE ORIHUELA.

Nuestros lectores tienen noticia de la suscripcion abierta por el señor Obispo, y encabezada con diez mil reales por el ilustre Prelado. Tal rasgo de desprendimiento inspirado por la caridad cristiana, ha sido motivo para que brotáran nuevos prodigios del fondo de tan rico sentimiento. Los PP. Capuchinos que nada tienen ni nada poseen, pero que han hecho mucho en favor de las mil desdichas que aquejan á los inundados, se proponen dar algo.

Le han dicho al Pastor de la grey afligida: aquí estamos; no tenemos dinero, pero podemos celebrar y aplicar quinientas misas, cuyo estipendio ó limosna de cinco reales, formará una cantidad de seiscientas veinticinco pesetas. Esto pueden dar los Capuchinos y esto dán al señor Obispo para añadir á la suscripcion.

Y ya que tratamos de nuevo de Orihuela y de la inundacion, no pasaremos por alto las últimas inexactitudes de la *Reforma Liberal*.

Estamos autorizados para negar rotundamente que las mil doscientas raciones distribuidas por el señor Obispo, hayan llegado á aquella ciudad de parte alguna, ni sacadas de fondo ageno al bolsillo de quien las ha distribuido, así como de su particular bolsillo saldrán los diez mil reales ofrecidos en la suscripcion.

Ya vé *La Reforma*. Diez veces más tiene ya dado el señor Obispo, que toda la falange de la *Constante Alona*. El espíritu de verdadera caridad que es el espíritu de Dios, es el único que sabe multiplicar con fecundidad admirable las obras de amor y beneficencia; donde no reina ese espíritu, no puede haber verdadero lazo que nos una á la desgracia de nuestros semejantes.

No puede haber ni caridad ni libertad: de esta última abdicaron espontáneamente los *hermanos* al en-

tregarse en cuerpo y alma de la manera más servil al desconocido y oculto motor de los movimientos de la secta.

¡Gran lástima que el principal trasteador de *La Reforma Liberal*, al que le viene de abolengo el respeto á la cosas y personas sagradas, haya venido de tropiezo en tropiezo á formar tambien en las filas de los enemigos natos de la religion y sus ministros! ¡Cuánto vá de ayer á hoy!

No queremos terminar sin dar un consejo á *La Reforma*.

No es decoroso ni digno de hombres que tienen alma y corazon empeñarse en hacer más afflictiva la situacion de aquellas víctimas del Segura, poniendo de relieve las infamias cometidas con ellas en la inundacion anterior. ¿Qué culpa tienen aquellos y estos desgraciados, de que la codicia y lo inmoralidad hayan devorado millones frente á frente de su escarnecida miseria? Quiere *La Reforma* encontrar la clave de inmeusas responsabilidades en el fondo donde reposan las cenizas de un Prelado; ya sabe *La Reforma* que no está ahí el cáncer que llenó de podredumbre la superficie de nuestra provincia y aun de España.

Y si quiere la *Reforma* saber algo en concreto respecto á los fondos que pudieran obrar en poder del señor Cubero, puede dirigirse á su sobrino y heredero D. Atanasio Gar-

cia, que es quien ha rendido cuentas de aquellos, despues del fallecimiento de su ilustre tio. Y no le ha de ser difícil esto á la *Reforma*, puesto que dicho señor es correligionario suyo y presidente del comité izquierdista de la ciudad de Orihuela.

UNA SÚPLICA Á JESÚS SACRAMENTADO.

LAMENTOS DEL SEGURA.

¡Oh Dios Sacramentado: no mi lira
Con acento feliz canta tu gloria;
Hoy es triste el suceso que la inspira;
Suceso duradero en la memoria.

Las márgenes de un rio caudaloso
Multitud de familias cobijaban;
Alli, bajo un cielo azul hermoso,
Millares de ilusiones se forjaban.

Se oscurece de pronto el firmamento;
Las aguas en torrentes desbordados
Despiertan al Segura, que violento
Deja vegas y campos-sepultados.

¡Oh gran Dios y Señor de las alturas!
Pensando en tus designios yo me pierdo:
Quedó para tormento en las llanuras,
De todo lo que fué, solo el recuerdo.

Y el anciano y la madre desolada
Postrados en la tierra de rodillas,
Y en el cielo clavando la mirada,
A Ti dicen del rio en las orillas:

«Mirad, Señor, nuestros campos desolados;
»Contemplad nuestro hogar de angustia lleno;
»En lagos convertidos nuestros prados;
»Nuestras mieses cubiertas por el cieno.

»De andrajos nuestras vírgenes vestidas,
»Muchas bajan la frente avergonzadas;
»Flotando por el agua van perdidas
»Las dulces esperanzas deshojadas.

»Nuestras flores y pájaros, huyeron;
»Destruídos están nuestros cortijos;
»Nuestras joyas al hondo mar se fueron....
»Pan nos piden llorando nuestros hijos!

«Tened piedad, Señor, de nuestro espanto,
»Mitigad nuestro dolo y amargura;
»Ved que brotan más lágrimas del llanto,
»Que aguas súcias al mar llevó el Segura.»

Con los ojos también en Tí clavados
Una súplica elevo hasta tu cielo;
Dad Señor, á esos séres desgraciados,
Manantiales de alivio y de consuelo.

Que es muy triste ver campos y riberas
De tético pavor y espanto llenos;
En lagunas trocadas las praderas,
Y las mieses, cubiertas por los cienos.

G. M. Calatayud.

LA PROCESION DEL CORPUS

EN EL MONASTERIO DESIERTO.

En una de mis escursiones por los puntos poco frecuentados de viajeros y bañistas, llegué hace pocos años á un monasterio de los principales en la antigua corona de Aragon, hoy casi enteramente abandonado y derruido. Los arcos del claustro dan paso franco á un patio, en que crecen multitud de yerbas parásitas, y las hay en el mismo claustro arraigadas entre las grietas y junturas

de las losas que cubren el pavimento. Los techos están hundidos y las lluvias se filtran por todas partes; antes de pocos años no quedará allí sino un esqueleto de piedras. Vidrios, puertas, ventanas, todo ha desaparecido. Es imposible entrar allí sin sentir una especie de melancolía y dolor, parecidos en gran parte al que se siente al entrar en un cementerio.

Algunas veces me ha sucedido al visitar estas ruinas, lúgubres despojos del arte, oír á un majadero decir á mi lado:—¡Qué buenos caminos se podían haber construido con esta piedra!

—Es claro; con la piedra de su casa de V. se podía también haber hecho un puente ó una escuela. ¿Por qué en vez de construirse V. una casa cómoda no ha construido una escuela, un puente, ú otra cosa análoga?

—¡Oh, eso no es cosa mía! De eso cuidará el gobierno.

—Pues bien; por qué no cuidó el gobierno de hacerlos cuando se hacía este monasterio? Si V. quiere vivir á sus anchas, ¿qué derecho tiene V. á impedir á los que quieran consagrarse á Dios en la estrechez de una celda, que vivan á su gusto, y cuando su gusto es tan conforme á los preceptos de la ley divina?

—¿Quiere V. que nadie se meta con su vida y tener derecho á fiscalizar á los otros? ¿Entiende V. de esa

manera la libertad, viviendo á su antojo y sin dejar á los demás vivir á su albedrío?

—Es que estos monjes eran unos holgazanes.

—¿Está V. seguro de ello? Si los llama V. holgazanes porque no cogian una azada, ¿la coge V. acaso? El que con los bienes y despojos de aquellos ha medrado, tiene coche, asiste á la ópera, pasea y fuma, ¿tiene derecho á llamar holgazan á nadie?

Y qué, ¿no hay más ocupacion que el cavar? ¿No cavan tambien los trapenses, cartujos y otros? Los que predicán, confiesan, oran á Dios incesantemente, asisten al moribundo, estudian, escriben, enseñan, ¿son holgazanes?

Envuelto en estas consideraciones, miraba apenas las gigantescas ruinas que me rodeaban, y que en aquel momento se hallaban iluminadas por el sol poniente con una luz débil y amarillenta, que apenas hacia destacar las grandes sombras que proyectaban los macisos pilares de los arcos.

La mujer del guarda que nos guiaba á otro compañero y á mí á través de aquellas soledades, parecia tambien preocupada: pisaba en determinados parajes y evitaba el pisar en otros. ¿Era por temor de algun hundimiento ó por alguna preocupacion?

—Este es el *De profundis*, nos di-

jo, enseñándonos una especie de capilla exágona, á la cual se entraba por el mismo claustro. Las estrechas ventanas ojivas divididas por una columnita, no tenían ya más que algunos restos de los pintados vidrios que daban en otro tiempo paso á una luz tibia y templada. Más bien que capilla era una sala capitular. El nombre mismo que le daban los monjes parecia indicarlo así. No tenía puertas: un arco grande y dos rebajados daban entrada á la sala, la cual tomaba su título de la costumbre que tenían los monjes de congregarse allí antes de ir al refectorio rezando en este paraje por los hermanos difuntos.

—No pise V. ahí, me dijo la mujer del guarda, al ver que andando por la sala capitular iba á poner el pié sobre una gran losa que habia en medio. Miré, y aquella losa tenia una inscripcion y varias molduras y relieves, que el tiempo y la humedad habian gastado casi completamente.

—¿Por qué no se pisa aquí? pregunté con curiosidad. Yo no veo que esta piedra tenga señal de Cruz ni efigie de ningun santo.

—Mire V., señor, si no las tiene, las ha tenido; pero ya están gastadas, porque esa piedra es la del osario de *los monjes de la procesion*.

La respuesta picó mi curiosidad. —¿Qué monjes eran esos? le pregunté.

— ¡Ay señor! esa es una historia

muy antigua de esta casa: mejor sería contarla fuera de aquí... á pesar de que nada tiene de malo... Los monjes que salieron de ese hoyo probablemente serian santos. Si no hubieran sido bienaventurados, ó por lo menos almas del purgatorio, no hubieran salido para acompañar al Señor. Los papeles del monasterio se han perdido, pero ellos lo relatarían todo.

—Esplíquese V.; no entiendo palabra de lo que V. dice.

—Mire V., señor, dijo la pobre mujer en tono misterioso, pero lleno de sencillez, con cierta especie de respetuoso recogimiento y á media voz:

Contaban los monjes que hace muchos años, muchos, muchos años, (1) hubo una peste muy grande en toda España, y principalmente por esta tierra, de cuyas resultas murieron casi todos los monjes de esta casa.

Llegó el día del Corpus y apenas quedaba gente entre sacerdotes, novicios y legos para hacer la procesion, que solia ser muy solemne, tanto que aquel día era el único del

(1) Villanueva en su viaje literario refiere esta tradicion de uno de nuestros antiguos monasterios. La epidemia debió ser la del siglo xiv, llamada comunmente *La Claustra* por nuestros escritores monásticos. Murieron en ella millones de españoles, y quedaron muchos monasterios y conventos desiertos ó casi desiertos.

año en que entraban mujeres en la iglesia, pues en los demás no se dejaba pasar á ninguna del torreón de la portería. Aun los hombres apenas entraban en la iglesia, pues para los pastores y sus familias habia la capilla de la portería. (1):

A pesar de esto, aquel año las puertas permanecieron cerradas, nadie acudió á la fiesta. Mas el Abad no quiso que dejaran de celebrarse los oficios: solo estaba éste con dos monjes sacerdotes, un corista, un lego, y otros dos novicios. Revistióse el Abad con sus dos sacerdotes para decir la misa; los novicios tomaron los ciriales, el corista respondia en el coro, y el lego manejaba el incensario. Poco solemnes estuvieron los oficios, y el P. Abad lloraba contemplando la pobreza de aquel año con la esplendidez de otros, en que oficiaba de pontifical, rodeado de ocho monjes revestidos con ricas galas y dalmáticas de tisú de oro y gran número de monjes que cantaban en el coro.

Concluida la misa el Abad tomó la Custodia, los diáconos alzaron las puntas de su capa pluvial, los acólitos tomaron los ciriales, el corista la cruz procesional, y el lego el incensario. Pobre procesion salió por

(1) Esta práctica se guardaba en el célebre monasterio de Nuestra Señora de Piedra en Aragon, en cuya iglesia solamente entraban mujeres el día del Corpus.

este claustro aquel año: los monjes lloraban tambien; apenas acertaban á cantar el *Pange lingua*. Más al pasar por aquí se quedaron aterrados. Esa piedra del osario que iba V. á pisar, y está en medio del *De profundis*, se alzó ella sola, sin que nadie la moviera, y de debajo de ella principiaron á salir monjes y monjes, todos los que por espacio de muchos siglos habian sido enterrados ahí. Traian su cogulla blanca, las manos dentro de los pliegues de sus grandes mangas, los ojos cerrados, y salian de dos en dos á colocarse detrás de los dos novicios y del lego. Al pasar por delante del Abad se arrodillaban y besaban el suelo sin abrir los ojos.

(Se concluirá.)

SECCION LOCAL.

COLEGIO LUCENTINO

DE SAN LUIS GONZAGA.

Resultado obtenido por los alumnos de segunda enseñanza de este Colegio, en los exámenes ordinarios de prueba de curso, verificados hasta la fecha:

Exámenes verificados 109.

Sobresalientes	16
Notables	23
Buenos	27
Aprobados	42
Suspensos	1
Total	109

Terminados en fin de Junio los exámenes de los alumnos que por motivos ajenos á nuestro desseo, no han podido realizarlo ahora, daremos cuenta detallada del resultado final.

Desde el 15 del presente al 15 de Setiembre, estarán abiertas en este Establecimiento las clases de repaso de todas las asignaturas que comprende el grado de Bachiller y la preparacion para obtener dicho grado.

Alicante 9 de Junio de 1884.—
El Director, *José Vicedo*.

OFRENDA DE UN REAL

PARA EL SEPULCRO DE PIO IX.

(Continuacion.)

Rafael Martinez Vassallo.—Dolores Vassallo.—Consuelo Martinez.—Dolores Martinez.—Josefa Vassallo.—Eduardo Campos.—Nicolás Campos.—Cármén Cutayar.—Josefa Calpena, (D).—Rafael Garcia.—Pascual Vassallo, (D).—Irene Vasallo, (D).—Irene Martinez, (D).—Luis Garcia, (D).—Eduardo Campos, (D).—José M.^a Martinez, (D).—Pedro Cutayar, (D).—Adolfo Ugarte, (D).—Isabel Vassallo, (D).—Gerónimo Monsó.—20.

L. M. V.—J. A. C.—L. M. A.—A. M. V.—F. M. M., (D).—J. V. G., (D).—F. M. V., (D).—H. M. V., (D).—E. C. D., (D).—J. C. D., (D).—J. S., (D).—J. R., (D).—R. A. R.—F. A. C.—T. A. R.—R. A.

S., (D).—F. R. G., (D).—J. C. D., (D).—M. D. N., (D).—R. A. R., (D).—20.

Francisco M.^a Viudes, (D).—Josefa Gardoqui, (D).—Laura Viudes, (D).—Francisca Viudes, (D).—José Viudes, (D).—Francisco Viudes, (D).—Estéban Estellés, (D).—Trinidad Pascual, (D).—Teresa Franco, (D).—Dolores Franco, (D).—Benita Coca, (D).—Concepcion Marquina, (D).—Francisca Baldosano, (D).—Josefa Tomás, (D).—Anton Cases, (D).—Antonia Soliveres, (D).—Joaquina Ochoa.—Isabel Ochoa.—Teresa Viudes.—José Aliaga, (D).—20.

Emilio P. del Pobil.—Luisa Chicheri.—Luisa P. del Pobil.—José M.^a P. del Pobil.—Ricardo P. del Pobil.—Emilio P. del Pobil Chicheri.—Luis P. del Pobil.—Juan Chicheri, (D).—Franco P. del Pobil, (D).—M.^a de la Concepcion Arsu, (D).—Tomasa Arsu, (D).—Jose Bonicelli, (D).—José Soriano, (D).—M.^a de la Asuncion Galvi, (D).—Rosa Soriano.—Asuncion Soriano.—José Soriano, (D).—Vicente Soriano.—Camila Soriano, (D).—Asuncion Domenex.—20.—

Rafael P. de Bonanza.—Bernarda Castillo.—Miguel P. de Bonanza y Castillo.—Luis P. de Bonanza.—Rosa P. de Bonanza.—Luz Socarrás, (D).—Francisco del Castillo.—Clara del Castillo.—Margarita del Castillo.—Tomasa del Castillo.—Javier del Castillo.—Mariana del Castillo.—Rosalia del Socorro.—Maria Dévesa.—Joaquin Cruz.—Luciano Perez.—Gerónimo Ruiz.—José Perez.—Juan P. de Bonanza.—Mariano Perez, (D).—20.

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, á las siete y media, misa de renovacion, y á las ocho y media, la conventual.

En Santa María, á las ocho y media, tercia y misa solemne con exposicion de S. D. M. Por la tarde á las cuatro, vísperas y completas y novena al Santísimo Sacramento.

En Nuestra Señora del Cármen, á las seis y media, misa de la Virgen, y por la noche Salve.

Domingo.—En la Iglesia de San Nicolás, á las ocho y media, misa conventual; continúa la octava del Corpus, estando todos los dias su Divina Majestad de manifiesto, desde las ocho y media hasta despues de los oficios de la tarde.

En Santa María, á las nueve, tercia, misa solemne y sermon á cargo del Sr. Cura de la misma. Por la tarde, á las cuatro, vísperas, completas y novena. A las seis procesion general del Santísimo Sacramento. Los demás dias de la octava se pone de manifiesto á S. D. M. durante la misa, y por la tarde en las completas y novena.

Jueves.—En San Nicolás, dia de la octava, por la tarde se hará la procesion claustral de costumbre y concluido se dará la bendicion con Su Divina Magestad.

ALICANTE.—1884.

Imprenta de Antonio Seva,
Progreso, 5.